EL VINO Y LA LENGUA CASTELLANA, REGALOS PARALELOS A AMÉRICA

ANTONIO SARABIA
ESCRITOR

Buenos días a todos. Antes que nada quiero agradecer a la mesa directiva de la Asociación Europea de Profesores de Español el haber pensado en mí para formular esta ponencia inaugural. Gracias también a todos ustedes por estar presentes. Bienvenidos todos a Lisboa. Le eché una ojeada a su programa de trabajos y vi que hay ponencias dedicadas tanto a mi paisano, el recientemente fallecido Carlos Fuentes, como a mi querido amigo Arturo Pérez Reverte. Esta charla tocará, de algún modo, a los dos. Me di cuenta también de que los organizadores han distribuido sabiamente tanto el tiempo que se dedicará a las actividades intelectuales como a las recreativas. Como entre estas últimas se encuentra el comer y beber bien, se me ha ocurrido hacer de esta ponencia inicial una especie de alegoría entre la lengua, la literatura y el vino. Así, al levantar sus copas y brindar por esta feliz estancia en Portugal recordarán un poco de lo que hablamos ahora.

En el año de 1492 el filólogo y humanista sevillano, además de astrónomo y poeta a ratos perdidos, Antonio Martínez de Cala y Jarava, más conocido como Antonio de Nebrija, publica la primera gramática en lengua vulgar conocida en Europa: la Gramática de la lengua castellana. Ese mismo año, Granada, último bastión árabe que se resiste a la hegemonía de los Reyes Católicos en la península ibérica, se rinde y, a lo largo de las rutas que bordean el camino de Santiago, empiezan a plantarse los primeros viñedos para abastecer de vino a los penitentes cuyo devoto, y nunca mejor alumbrado, peregrinar lleva hacia Compostela. Así nacen las regiones vitivinícolas de Ribera del Duero y La Rioja. Ese mismo año, durante la madrugada del 12 de Octubre, el marinero Rodrigo de Triana, trepado en lo alto del mástil de la carabela *La Pinta*, descubre después de cinco semanas de angustiosa e incierta navegación el difuso contorno de una isla. Unas horas después Cristóbal Colón pone pie en una de las playas de lo que Américo Vespucio bautizará más tarde como el Nuevo Mundo.

Estos acontecimientos parecen estar desligados entre sí, pero no es una coincidencia que hayan ocurrido el mismo año de 1492 y sus afinidades no terminan ahí: la uva, al igual que la lengua española, era un fruto desconocido en América antes

del Descubrimiento. Ambos, el fruto y la lengua, fueron trasplantados a tierras americanas llevando dentro de sí las propiedades de aquellas otras lejanas regiones donde, irrigados por una tradición y una historia muy particulares, habían nacido, crecido y prosperado. La uva estaba cargada de los perfumes y sabores que emanaban del suelo europeo. La lengua, nacida de la fusión del latín con los dialectos de las tribus bárbaras que alguna vez habitaron este lado de los Pirineos, y luego con él árabe de los invasores musulmanes, hablaba de cosas completamente ajenas a las sabidas o imaginadas por los pueblos precolombinos. Estaba hecha para nombrar animales, enseres, aparejos, artilugios, construcciones y deidades por completo desconocidas para ellos.

La uva, dadas las ancestrales costumbres de los recién llegados y su importancia primordial en el Santo Sacrificio de la misa, fue plantada por órdenes de Hernán Cortez tan pronto entró en funciones como gobernador del Valle de México. La lengua se introdujo también de inmediato como el medio natural de comunicarse, someter y catequizar a los habitantes de los imperios recién conquistados. Los dos, uva e idioma, germinaron en América como dos plantas exóticas de follajes extraños y prodigiosos. Nosotros, los nacidos de aquel colosal choque de razas y culturas, herederos a la vez de Netzahualcóyotl y Cervantes, hicimos más que nunca nuestros aquellos versos del rey de Texcoco:

> ¿Qué le vamos a hacer
> si del dios de la dualidad
> somos criaturas?
> Ante mí, perpetuamente,
> se bifurcan los caminos.

Muy pronto, sin embargo, empezamos a cultivar aquellas plantas ajenas y sorprendentes como propias. La uva creció, al principio recia y bronca, hasta adquirir poco a poco bajo nuestros cuidados el aroma, el gusto y la inesperada dulzura de las nuevas tierras. Su imprevisible y bien ganada reputación la llevó a extenderse hasta el virreinato del Perú y aún más lejos, llegando a la provincia de Santiago del Estero, en Argentina, allá por el año de 1556. La lengua, a su vez, empezó a infiltrarse rápidamente de nuestro propio carácter y a reflejar nuestra historia y geografía. Al crecer y desarrollarse entre nosotros se fue impregnando también de nuestras circunstancias y vicisitudes congénitas y asimiló e hizo suyos los detalles del universo que nos rodeaba. A ella le añadimos pronto palabras como canoa, huracán, tabaco, cigarro, tomate, iguana, piraña, caimán, puma, cóndor, coyote, nopal, papa, aguacate, barbacoa, carey, chicle, cacahuate, maíz, chocolate, colibrí, y muchas otras con las que aprendió a expresar algunas realidades bastante distintas a las que mostraba al desembarcar en tierras americanas.

Las excelentes cosechas de vino mexicano hicieron que la corona española empezara a temer por su producción de la península. Al sentirla amenazada, el rey Felipe II decidió prohibir la elaboración del vino en la Nueva España a partir del año de 1595. Esta prohibición se mantuvo vigente durante siglo y medio y sólo quedaron eximidos unos pocos viñedos pertenecientes a ciertas comunidades religiosas que continuaron funcionando bajo licencias especiales de su católica majestad, debido a la ineludible necesidad del vino en la celebración de la eucaristía.

El lenguaje, por su parte, continuó su apresurada evolución y enriquecimiento en tierras americanas acompañándonos incluso en las guerras contra quienes nos lo habían traído y enseñado. Fue la lengua usada cuando, entre el repicar de las campanas de la iglesia de Dolores, el 16 de septiembre de 1810, el cura don Miguel Hidalgo y Costilla nos instó a levantarnos en armas contra los opresores españoles. Fue el mismo lenguaje en el que se redactaron todas las declaraciones de independencia en los países hispanoamericanos durante esa convulsa primera mitad del siglo XIX. Fue también la lengua con la que los mexicanos nos opusimos después a los franceses y derribamos el imperio que Napoleón, usando la figura de Maximiliano de Ausburgo como desafortunado monigote, deseaba instalar en nuestro territorio.

La uva americana tuvo también una intervención definitiva en la segunda mitad de ese mismo siglo XIX. En 1862 las vides europeas fueron atacadas por una pequeña mosca áfida de color verde, denominada Philoxera Vastatrix, cuyas larvas se alimentaban de las raíces de la vid hasta causar su muerte. La plaga devastó por completo las viñas europeas haciendo peligrar la industria del vino a nivel mundial. Las vides americanas, sin embargo, resultaron inmunes a la Philoxera. Al descubrirse esto, a los franceses se les ocurrió la idea de plantar pies de viñas del nuevo continente para sustituir a las que habían perecido en el suyo. El experimento funcionó y los productores de vino del resto de Europa se dieron prisa en reanimar sus propios viñedos con aquella antigua estirpe de viñas americanas plantadas durante la conquista. Así, el excelente vino portugués que ustedes degustarán sin duda alguna este mediodía a la hora del almuerzo, o esta noche durante la cena, es tataranieto del producido por los viñedos americanos que, después del devastador ataque de la Phyloxera, fueron retransplantados a Europa para salvar al mundo de la catástrofe.

De esa misma manera, como veremos más adelante, la lengua española sembrada en aquella misma época en América, vendría con el tiempo a renovar la literatura de la península. Pero al principio, nuestra literatura nació como un remedo de la europea, imitando hasta la perfección sus rimas, temas, barroquismo y manierismos conceptistas. En el siglo de Cervantes, Quevedo, Lope y Góngora, brilló con luz propia frente al teatro del Fénix de los Ingenios el del mexicano Juan

Ruiz de Alarcón. Su producción, aunque comedida, es comparada en calidad a las mejores piezas producidas por Lope de Vega o Tirso de Molina. Se sospecha, por cierto, hablando de este último, que en el volumen de sus obras completas hay más de una cuya verdadera autoría corresponde al dramaturgo mexicano. El mismo Lope de Vega, celoso de la popularidad de aquel contrahecho indiano, como se llamaba entonces a los llegados de América, que le hacía feroz competencia en los corrales de comedias, se burlaba de su figura y su joroba, llamándole poeta-rana, *rana en le figura y rana en el estrépito*, decía.

El poeta mexicano le respondió con otra puya, que se hizo célebre en los mentideros de la época:

> Culpa al que siempre se queja
> de que es envidiado siendo
> envidioso universal
> de los aplausos ajenos...

Esta mímica, esta imitación de los modos y manierismos de la literatura de la época, prosiguió brillantemente durante la segunda parte del siglo XVII en la obra de Sor Juana Inés de la Cruz. Esta monja mexicana fue un personaje fascinante, extraordinario, tanto por su belleza como por su vivacidad, inteligencia y refinamiento. Les confieso que, durante mi adolescencia, yo estuve bastante enamorado de ella, le escribí de hecho algunas cartas en las que garabateé apasionados versos juveniles. Debo confesar también, sin embargo, que, ya no sé si para mi buena o mala fortuna, jamás me respondió. Su lucidez, talento e inquietudes, su acendrado feminismo y su implícita defensa de los derechos de la mujer la hicieron adelantarse con mucho a su tiempo. Su dominio del oficio literario es de un elegancia impecable. Ella fue capaz de tomar alguno de los temas de los grandes maestros del Siglo de Oro y recrearlos con un donaire y una perfección formal que hacen palidecer a los originales. Ahí donde Góngora dice, por ejemplo:

> Mientras por competir con tu cabello,
> oro bruñido, el sol relumbra en vano;
> mientras con menosprecio en medio el llano
> mira tu blanca frente el lirio bello;
>
> mientras a cada labio, por cogello,
> siguen más ojos que al clavel temprano;
> y mientras triunfa con desdén lozano
> del luciente cristal tu gentil cuello;

goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lirio, clavel, cristal luciente,

no sólo en plata o vïola truncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

La monja mexicana optimiza:

Este que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;

éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:

es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Sor Juana, también hay que decirlo, es el único poeta destacable del barroco en las postrimerías del siglo XVII. Después de ella, los siglos XVIII y XIX produjeron una sequía desoladora en las letras castellanas, casi tan pavorosa como la causada por la Philoxera Vastatrix en los viñedos de Europa. Octavio Paz, en su obra *Cuadrivio,* dice de este período:

> De pronto, como si se tratase del espectáculo de un ilusionista, el escenario se despuebla. No hay nada y menos que nada: los españoles viven una vida refleja de fantasmas. Sería inútil buscar en todo el siglo XVIII un Swift o un Pope, un Rousseau o un Laclos. En la segunda mitad del siglo XIX aparecen aquí y allá tímidas manchas de verdor: Bécquer y Rosalía de Castro. Nada que se compare a Coleridge, Leopardi o Hölderlin; nadie que se parezca a Baudelaire. A fines de siglo, con idéntica violencia, todo cambia. Sin previo aviso irrumpe un grupo de poetas; al principio pocos les escuchan y muchos se burlan de ellos. Unos años después, por obra de aquellos que la crítica había llamado descastados y

> "afrancesados", el idioma español se pone de pie. Estaba vivo. Menos opulento que en el siglo del barroco pero menos enfático. Más acerado y transparente.

Este pie de viña, continuamos nosotros, que habría de resucitar con su savia las vides muertas de la lengua y la literatura española fue también, como en el caso de la Phyloxera, un pie de viña americano: el modernismo. Llegado de la mano del nicaragüense Rubén Darío y un puñado de seguidores influidos como él por el parnasianismo francés y la musicalidad del simbolismo y de la poesía de Paul Verlaine. Ellos iniciaron desde entonces lo que con el tiempo se convertiría en un flujo ininterrumpido de aportaciones verdaderamente originales de los hispanoamericanos a la lengua y la literatura de la península. La influencia de Darío y sus seguidores contribuyó decisivamente a lo que, con el posterior advenimiento de la generación del 27, yo considero un nuevo Siglo de Oro español. Desde entonces, los autores hispanoamericanos, tanto en la poesía como en la prosa, han estado siempre presentes.

La narrativa latinoamericana de mitades del siglo XX, los Carpentiers y Rulfos y más tarde los autores del boom latinoamericano apadrinados por la agencia literaria de la catalana Carmen Balcells, tuvo un influjo parecido al de Darío y los modernistas en la novelística española. Pedro Páramo, Rayuela, Cien Años de Soledad, El Siglo de las Luces, La Casa Verde, La Muerte de Artemio Cruz, por mencionar tan solo unas cuantas de esas novelas, son obras cumbre de la literatura de nuestro tiempo y contribuyeron a regenerar, con una savia nueva, los estilos, temas y personajes, no solo de la literatura española sino del mundo entero.

Este año se festejan los cien años del nacimiento de Octavio Paz, a quien he mencionado antes en esta charla. A Paz lo conocí una noche en París hace exactamente veinte años. Lo sé porque el mundillo intelectual parisino hizo una fiesta entonces para celebrar sus ochenta años de vida y a mí, ignoro por qué razón, me invitaron a la ceremonia. Ahí me presentaron al poeta. Fue la única vez que lo vi y, rodeado como estaba de amigos y admiradores casi no pude hablar con él. Me habría gustado decirle cuánto admiro su trabajo desde que, en la adolescencia, leí *Libertad bajo Palabra*. Para cerrar esta plática y rendirle un homenaje durante su centenario me gustaría leerles un breve poema suyo. ¿Por qué precisamente ese poema? No lo sé. Lo único que se me ocurre es que me gusta mucho. ¿Tiene algo que ver con la ponencia? No. Supongo que no, y tampoco tiene ninguna importancia. Aunque tal vez algunos de ustedes le encuentren algún significado porque de lo que hemos tratado, en el fondo, es de un juego de espejos. El poema dice así:

> Es una calle larga y silenciosa
> ando en tinieblas y tropiezo y caigo
> y me levanto y piso con pies ciegos

las piedras mudas y las hojas secas.
Alguien detrás de mí también las pisa;
si me detengo, se detiene,
si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie.
Todo está oscuro y sin salida
y doy vueltas y vueltas en esquinas
que dan siempre a la calle
donde nadie me espera ni me sigue.
Donde yo sigo a alguien que tropieza y cae
y se levanta y dice al verme "nadie".

Muchas gracias, feliz estancia en Portugal, que sus trabajos sean amenos y provechosos. Hasta la próxima.